

INTERVENCIÓN DE LA DRA. CLAUDIA NIKKEN*

* *Profesora de Derecho Administrativo en la Universidad Central de Venezuela. Profesora en la Maestría de Derecho Constitucional de la Universidad Católica Andrés Bello. Abogado de la Universidad Central de Venezuela. DEA (máster) en Derecho Público Interno de la Universidad Panthéon-Assas (París II). Doctora en Derecho de la Universidad Panthéon-Assas (París II). Miembro de la junta directiva de AVEDA. Miembro fundador de la Asociación de Juristas Franco-venezolanos (JURISFRAVEN).*

Buenas tardes.

Prof. Julio Rodríguez Berrizbeitia, Presidente, y demás integrantes de la Junta Directiva de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

Individuos de número de la Corporación.

Familia, amigos, colegas, todos aquí (virtualmente) presentes.

Es como siempre un honor participar en un acto organizado por la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, honor que se hace exponencial el día de hoy, tratándose este acto de la presentación de un libro preparado en homenaje a mi padre, Pedro Nikken.

Por ese libro quiero expresar mi agradecimiento personal a Adriana Pulido de Nikken -a Mayi- quien contribuyó con su publicación. Igualmente, en nombre de la familia, agradezco a todos los autores que, ciñéndose a los parámetros de la Academia, consignaron 73 trabajos. A Claudia Madrid Martínez y Giancarlo Carranza por su capacidad de organización y por su lectura editorial; a Carlos Ayala Corao, Allan Brewer-Carías y Humberto Romero-Muci, promotores de la obra y; finalmente, a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales y a la Editorial Jurídica Venezolana por hacerlo realidad.

Dicho esto, la verdad es que, después de las palabras de quienes me han precedido, no me queda mucho más qué agregar.

Pedro Nikken fue un jurista integral, cuyo aporte al desarrollo del derecho se verifica en diversos ámbitos y así lo muestra la obra colectiva que hoy estamos presentando. Sin embargo, lo que se reconoce casi de manera universal es su legado en materia de derechos humanos y de, digámoslo así, reconstrucción democrática.

Ese legado, quiero subrayarlo, no se limita al derecho.

Mi padre *vivía* los derechos humanos y *vivía* la democracia -por no decir que abogaba por esta como un derecho humano en sí misma.

Les imprimía, además, una pasión que era imposible no sentir con él, cuando se le escuchaba hablar sobre esos temas.

Su muerte por eso, entre otras cosas, dejó un vacío... un silencio ensordecedor entre quienes como él -con él- trataban de diseñar y ejecutar una ruta que nos permitiera salir de la oscuridad en la que nos encontramos como nación.

Ya ha pasado un año y medio... Algunas voces se escuchan. Unas distantes, estridentes, tímidas, desconfiadas, afónicas; otras encajonadas, embotelladas, aterrorizadas, desplazadas; otras cuantas valientes y bien plantadas. Voces. Todas confusas, confundidas. El susurro es interminable.

Me permite ese susurro traer a esta audiencia el soneto “Las dos ranas” de Albrecht Haushofer (funcionario nazi que fue hecho preso por traición y que murió asesinado en la prisión de Moabit el día que las tropas rusas entraban a Berlín). Dice así (y perdonen la traducción libre):

Cuando la impaciencia y la desesperanza
Oprimen mi corazón a ciertas horas,
Para rechazar a esos dos enemigos grises y brutales,
Tengo a mi disposición el auxilio de una antigua fábula.

Una rana inteligente y una rana tonta
Cayeron en un gran cubo lleno de leche;
La pared lisa y curva, después de muchos esfuerzos,
Pareció no deber ofrecer jamás salida ni a la una ni a la otra.

La rana inteligente ve que la situación no tiene esperanza,
Renuncia y se hunde hasta el fondo. La idiota continúa meneándose...

Y después de varias horas, ciertamente fatigada pero alegre,

Se escapa saltando sobre un trozo de mantequilla espeso y redondo.
Sonríe por supuesto. Pero debo confesarlo:
A fin de cuentas, quisiera – ver la mantequilla...

Ese soneto no puede sino recordarme el titular de una entrevista que Hugo Prieto le hizo a mi padre en 2017: “VENEZUELA CLAMA

POR UNA ESPERANZA”, y en la cual afirmó, en aquel contexto, que “una esperanza no se crea a carajazos” (perdonará la audiencia).

Y con ese clamor, que dura 24 horas cada día y 7 días cada semana, no puedo sino aferrarme a una frase que mi padre repetía y repetía: **“solo el amor podrá salvarnos”**.

Con eso quiero cerrar. Porque lo creo, porque me lo ratifica la vida cada día de la mano de mis hijos.

Muchas gracias.